

sa como sin duda debió estar la inteligencia en que nació el malhadado pensamiento de colocar en tal sitio tal retablo, con tal santo y con tal guardador.

No se concibe que pueda ser grande la idea que anima aquel aparato de culto. Aquel rincón, oscuro, sucio, descuidado, no puede albergar de ningún levantado pensamiento. Aquel santo colosal, deformado, sin el menor vestigio de arte, sin el menor asomo de inspiración, no puede ser símbolo de una gran creencia; aquello es un ídolo que nada dice a la inteligencia iluminada por los fulgores del común pensar; aquello es una maceta del sentimiento, no es ni puede ser reflejo de lo que las almas perciben al inclinarse rendidas de contrición ante los altares de la fe.

El San Cristóbal de que hablamos, pregona con voces altas uno de los capitales defectos del misticismo; acostumbra a que lo grosero, sin mezcla alguna de espiritual luz, impresione los ánimos candidos; pero no puede aspirar a ser la encarnación hermosa de un hermoso ideal.

Malos eran aquellos ídolos que ante las aras paganas se postraban, pero malos son también los contemporáneos ídolos que rebajan la pureza de una creencia hasta colocarla en un inmenso pedazo de madera, teñido con tintas chillonas y que más infunde pavor que recogimiento y dulzura.

III

Con estas impresiones me alejo de aquel sitio, y tras breve rato de andar me encuentro frente por frente de la casa en que nació San Vicente Ferrer.

Un portal reducido y en el testero que da frente a la entrada un cuadro con la imagen del Santo, iluminada; debajo de la hornacina, que rodean ex-votos en abundancia, una fuente con tres grifos, de los que sale agua que los devotos beben con avidez en unos vasos sucios que para el caso colgados de los grifos están.

Las paredes, casi en totalidad cubiertas de hábitos, cuadros, figuras de cera, muchas de las que representan el agradecimiento de enfermos salvados, no por el esfuerzo de la medicina ó de la naturaleza, sino por la prodigiosa intervención del susodicho San Vicente.

Aquellos que van animados á beber el agua que mana de la fuente, causan lástima; mentira parece que haya quien sponga aquel líquido dotado de virtudes milagrosas, como el doliente que padece cataratas hace pensar enseguida en la necesidad del oculista que arranca las sombras de aquellos velados ojos, los bebedores del agua de San Vicente, enfermos de cataratas intelectuales, traen al pensamiento la urgencia de estripar de aquellas maledicas cabezas, las sombras que las rodean y empuñecen.

Y sin embargo, la obsesión es patente; van muchas personas allí, viejas devotas con especialidad; beben con ansia, murmuran rezos y forman un cuadro que contrasta el ánimo; porque siempre es desconfortador que en la época en que nos hallamos vivan todavía tantos seres encadenados por la rutina.

Al retirarme, me paro ante un cuadro y en el veo fotografías del santo, acompañadas de un rótulo que dice: «se venden aquí». Luego observo que los fieles frecuentemente dejan caer monedas por la hendidura de un capullo de limosnas; más tarde me aseguran que aquel portallito produce grandes rendimientos y al fin me alejo en los aspectos distintos que la industria toma, y me explico cual sea el Maseo Pedro que anima las figuras de aquel retablo.

IV

Visito después el santuario de Nuestra Señora de los Desamparados. Es la Virgen patrona de Valencia y se tiene por ella, entre los fieles, adoración entusiasta.

Esta adoración se traduce en un número exorbitante de ricas joyas regaladas á la Virgen. Cristo predicó la sencillez, la pobreza, la modestia, pero en derredor de la imagen se acumulan el oro y los brillantes. Los dedos de la Virgen, enguantados con sortijas, (tantas tiel) sus hombros agobiados por el peso de rica corona; su cuello guarnecido de costosos collares; allí no hay buen gusto, ni orden, pero en cambio se ostenta un despliflaro mundanal, asiático, impropio, para lucido en la que se llama casa de Dios.

Y con qué gozo comentan los devotos las constantes riquezas que atesora la Virgen! Tienen arcas repletas de pederías; valen fabulosas cantidades aquellos tesoros que se le asignan. No os hablarán de la madre de Dios, de la grandeza del dogma, pero vuestros oídos quedarán atrozados con el relato de las joyas ofrecidas á Nuestra Señora de los Desamparados por manos piadosas.

Y en tanto que la madre de los desamparados tanto tiene, los huérfanos, abandonan sus hogares y marchan á la Argelia en busca del pan, ganado por medio del trabajo, que aquí no tienen; y pienso yo en lo que dirían aquellos pobres hambrientos cuando, tirados sobre la cubierta del barco, que ha de conducirlos á la tierra africana, meditan en que una imagen de cartón guarda millones en alhajas, en tanto que miserios mortales perecen de hambre y se hallan sin hogar, sin auxilio, sin sustento.

Nueva aberración, nuevo síntoma de esta enfermedad mística que corroe las entrañas de nuestro pueblo. Quiera nuestra suerte que médicos y medicinas puedan pronto atajar tan gravísimos males.

J. FRANCOS RODRIGUEZ.

Valencia 5 Agosto de 1896.

Un programa

Las palabras que vamos á transcribir del discurso de Salmerón en Calatayud, juntas con la presencia de Portuondo, representantes del ejército, y del público bilibitiano, representando los libros aragoneses, son todo un programa.

Yemas esas palabras: «Entre esos derechos cuya consagración viene á ser la democracia, como es el más importante de la libertad de conciencia, base de la por nosotros reaccionarios odiada libertad religiosa, acerca de que conviene hacer copiar nuestra inquebrantable resolución á respetar y á proteger en el ejercicio pacífico de este derecho á todos los individuos, cualquiera que sea la confesión religiosa á que pertenecan; que todas son igualmente respetables ante los poderes republicanos.

Y en este punto, permitidme que os recuerde que me hemos sido nosotros, que han sido hombres de ideas bien reaccionarias los que insisten en la necesidad de favorecer la religión, porque es un valladar poderoso contra las ambiciones de los desheredados. Es decir, que ya son los más conservadores los que depositan á la idea religiosa de sus más santos caracteres y dan importancia principal al fin utilitario que puede reportar.

Pues bien; yo debo decirles que aun considerada de esta suerte mezquina la idea religiosa, han de ser por nosotros tan respetadas su profesión y su ejercicio mientras sus adeptos se mantengan en el círculo del respeto debido á las prescripciones legales y á los fueros de la justicia, como severamente hemos de impedir que sus ministros traten de imponerse á la masa general de la Nación, y de desconocer á

los representantes del Poder público en el ejercicio de sus funciones.

Porque no hemos olvidado que en días en que regimos los destinos de la Nación, no hemos de decir si acertadamente ó no, pero sí con un desinterés que no negarán nuestros adversarios, los respetables ministros de la religión católica, mientras ardía el fuego de la lucha fratricida en las montañas vascas, no se creyeron obligados, á pesar de su ministerio de amor y caridad, y á pesar de las excitaciones que para ello les dirigiera el Gobierno de la República, á elevar diariamente sus preces en pro de la terminación de aquella guerra, ni á pronunciar una frase de concordia que viniese á detener los horrores de aquella criminal rebelión. Y en cambio, solo se creyeron en el deber de cumplir esta parte de su ministerio después que vinieron á reemplazar al Gobierno que la Nación se había dado, instituciones nacidas al calor de la deslealtad que derrocó nuestra primera República. (Frenéticos bravos y aplausos).

No guardemos rencor, que no se aviene con la santidad de nuestras doctrinas, pero ya tengo dicho que no lo hemos olvidado, y como no somos tan candidos, ni hemos de ser tan atolondrados que confundamos la represión debida á la transgresión de las leyes por ellos ejecutada con el atropello injusto de los derechos que como legítimos los reconocemos, sepa ese alto clero católico, sepan esos respetables prelados que si se extralimitan en el cumplimiento de sus deberes, si olvidando nuevamente su misión de amor y caridad se repiten los casos del cura Santa Cruz ó del Obispo de Urgel, que acuden á las filas rebeldes á dar fuerzas y prestigio á espectáculos, á más de criminales deshonrosos, tendrán el Gobierno republicano la energía necesaria para reprimir y castigar estas vergonzosas extralimitaciones de una agrupación religiosa. (Frenéticos aplausos).

Un republicano que realice inflexiblemente ese programa: una espada bien acerada, pronta á fulminar, contra las osadías y demasías clericales que se le interponga; un pueblo entusiasta y devoto que aplauda frenéticamente al republicano que dirige y á la espada que hace: hé ahí el ideal.

¿Hemos emancipado la conciencia del yugo clerical; hemos domado la fiera? Pues hemos hecho la Revolución.

Ya véis que Salmerón apunta y da; ya véis que es revolucionario; porque ahí está, ahí, la médula de la Revolución.

El clero nacional y el clero papal

Todo el mundo los conoce con los nombres de clero secular y clero regular. Unenlos vínculos comunes, tales como las creencias católicas y la sumisión al papa; sin embargo, hay entre los dos diferencias notables, y un pronunciado antagonismo, que hacen que se miran con recelo: se toleran, pero no se aman.

El primero, criado y educado en el seno de la familia y de la sociedad general, queda adherido á ella, á ella dedica los cuidados que le impone su estado, y de ella directamente recibe los empujones de su trabajo. Un callabato, que no siempre ha existido, y que sólo es aparente, como todo lo antinatural, lo tiene aislado en el seno de la sociedad; pero en ella vejeta. Unos viven con sus padres ó hermanos, de quienes suelen ser el mejor arrimo; casi todos tienen su ama, sin que falte algún sobrinillo.

No pocos han heredado bienes inmuebles, ó los han adquirido con su industria. Todas estas circunstancias les hacen cobrar afección á sus residencias, de modo que son relativamente pocos los ambulantes. Puede mirarse como el ejército de reserva de la Iglesia. Muy apegados á sus leyes, prerrogativas y exenciones (que para todo las hallan), con las autoridades civiles tienen poco y reservado roce, y no pocas rencillas. Hablan del Papa con cierta admiración, como de todo lo lejano, pero lo miran de lejos. El obispo es el todo para ellos; á éste prestan una obediencia ciega; á éste tratan de complacer á todo trance sin reparar en los medios; la disciplina es muy rígida entre esta clase de gentes.

El segundo nace también en el seno de la sociedad, y de ella recibe los primeros elementos de la vida: pero la edad de catorce años se cree suficiente para arrancar á las infelices criaturas, con la leche de los labios, de los brazos de sus familias, generalmente pobres, y se creen hacer la felicidad de sus hijas cuando aseguran el pedazo de pan de que ellas carecen. ¡Cuántas lágrimas suele costar á unos y otros tan temprana separación! Las infelices criaturas son sometidas á una prueba de uno á dos años, en la que lo primero que se les enseña es á desprenderse de todas las afecciones de la vida, y hasta á olvidar á sus padres. Los sentimientos naturales se revelan contra estas ideas, pero no es esa edad para tomar resoluciones; y la memoria de su desamparo, de los desosos de sus padres, y de los consejos de cuantas personas han dispuesto de su débil inexperiencia, concluyen por marchitar esa flor prematuramente cortada; y á los diez y seis años (¿señe Vds. bien), á los diez y seis años, y después de tales preparativos, se les cree capaces de disponer de todo lo más sagrado que el hombre posee: de su libertad, de sus afecciones más naturales y más arraigadas, de todo lo que puede constituir su porvenir; prometan sin voluntad propia, y prometen lo que no comprenden sino á lo sumo por barruntos.

El hombre se ha convertido en máquina. Entre todas las infames monstruosidades que han inventado las religiones, no hay acaso una que á esta se iguale. ¿Pero es válido lo que se promete sin voluntad ni conocimiento? Preguntádselo al buen sentido... Pero, si se lo preguntáis á los teólogos, os dirán que sí, porque los teólogos no quieren nada con el sentido común.

Ya tenemos al hombre convertido en máquina; compadecámosle. Poco después empieza á obrar la reflexión; ya se sabe que de los 16 á los 19 ó 20 años empieza el hombre á ver nuevos horizontes, á formar ideas exactas, rectificando poco á poco las que hasta entonces había tenido solo á medio comprender, y volanderas. Aquí empieza la verdadera lucha interior, pero ya se ha tenido cuidado de asegurarnos antes que llegue ese caso. Entonces, los que se llaman listos, conociendo que no tienen otro remedio, tratan de sacar partido de su situación, y medran todo lo posible dentro de su esfera con un perpetuo disfraz de sus sentimientos: los menos avisados y de poco vigor seaban por embrocarse, quedando solo para comer, dormir y recitar maquinalmente oraciones; algunos espíritus levantados se sublevaron contra la hipocresía; pero á estos se les mira siempre de reojo, se les posterga á pesar de sus talentos, y á poco que se desoiden, sufren persecuciones y pruebas terribles, sin apelación. Estas corporaciones se rigen por sus leyes y superiores propios, y hacen poco ó ningún caso de las autoridades civiles ó eclesiásticas, ni aun de los obispos: son el clero del Papa; sus bulas los rigen; á su lado están sus prepositos generales para recibir sus inmediatas inspiraciones. De esta clase de clero se han valido los Papas de todas las épocas para imponer su autoridad á cuantos países los han admitido cándidamente: estos han sido sus más activos instrumentos para equilar, y aun desollar su mansa grey.

Este ejército activo y ambulante ha perdido ya hasta la idea de lo que es una casa particular y una familia: sus extensas mansas son

como las de las aves de paso, donde descansan más ó menos tiempo, siempre con un pie en el aire para hechar á volar á la menor indicación. Viven sobre el país, pero no para el país. Los únicos cuidados que le consagran son el púlpito y el confesionario; precisamente los dos medios más seguros de avasallar y explotar. Si conviene á las miras de su jefe, son capaces de conspirar contra su propia patria. Con las familias particulares no se rozan sino cuando se trata de explotarlos, ó de satisfacer las ineludibles exigencias de la naturaleza; donde un fraile sienta su planta, deja una mancha indeleble: pero todo sin compromisos ni afecciones, que ellos tienen buen cuidado de sofocar, porque saben que no pueden ser duraderos. Si soplan los aires del buen sentido y del patriotismo, se agachan y aguardan mejor ocasión: si, como al presente, predominan los aires ultramontanos, (hasta tal punto predominan, que la mayor parte de los obispos salen de entre los frailes, asegurando así también al clero secular), salen á manera de avisperos, yendo á caer sobre los puntos que ofrecen mayores rendimientos. Hoy día la escasez de recursos no permite construir los buques que necesita nuestra marina, el honor nacional, ni siempre muy respetado, y nuestros intereses casi siempre amagados; pero sobran capitales para levantar conventos. Al paso que llevamos, con: tra todo lo estipulado en el concordato, dentro de pocos años tendremos que pedir á Dios un nuevo Mendizábal.

Pues aún hay otro tercer clero, que puede mirarse como intermedio entre los dos: este es el de los canónigos, que, si no viven en comunidad, como en tiempos, tampoco se bajan desde su encumbramiento á las minuciosas atenciones de las curas con el pueblo desvalido. Vienden á ser para el obispo lo que los cardenales para el Papa. Cada vez que con su corte. Este clero no es tan dócil, sin que deje de haber siempre algunos no muy de acuerdo con su jefe. Déjmonlos á todos en este punto, que probablemente no faltará ocasión para volver á ellos.

MANUEL VILLAGRA.

Nuestros presidios

Es verdaderamente horrosa la situación de nuestros establecimientos penales. Diariamente nos llegan ecos de los dolores que en ellos sufren multitud de criaturas humanas. Esos dolores son tanto más horribles cuanto que los que los sufren como los condenados al infierno, no tienen esperanza. Los vicios de nuestras prisiones son tan hondos, tan profundos, que no es posible corregirlos sino después de un trabajo largo, paciente, incansable. Sería preciso que se pusiera al frente de la dirección de Penales, un hombre dotado á la vez de profundos conocimientos, de un corazón piadoso, y de un carácter de acero, para obligar á marchar por el camino recto á todos sus subordinados.

¿Es esto posible? En la conciencia de todos está que no. El único director que había anunciado algunas reformas era el Sr. Aguilera. Esas reformas se redujeron á dar por oposición las plazas de empleados; á llevar á la administración de los presidios funcionarios sabios, infatigados con su inmovilidad, sin garantía alguna de que habían de interesarse en la corrección y reforma moral de los presos. El buen deseo solo que con esta y alguna otra reforma demostraba el señor Aguilera bastó, empero, para la opinión y la prensa le aplaudieron; pero ahora resulta que el Sr. Aguilera dejó la dirección de Penales para pasar á la subsecretaría de Hacienda. Todos sus proyectos quedan por realizar. El nuevo director se pondrá á estudiarlos; pasará al menos otros ocho meses en el estudio; y después no hará nada ó hará algo incompleto é imperfecto. Porque el género de conocimientos y aptitudes que exige el desempeño de un cargo tal, no se improvisa. Es preciso consagrar una vida á estos estudios y demostrar ante la sociedad una vocación seria hacia ellos, para ofrecer alguna garantía de éxito en tan difícil empresa. Ahora bien, ¡qué títulos de este género tiene el diputado que entra á sustituir al señor Aguilera? Absolutamente ninguno. Le dan esa dirección como pudieran darle la de Contabilidad ó la de Obras Públicas. Sirve á la situación y le recompensan con un destino.

Las cosas seguirán, pues, así, irremisiblemente. Lo repetimos: no hay esperanza para los presos.

Los párrafos que vamos á transcribir é continuación, de una carta dirigida por un preso á otro, harán conocer al lector algo de los dolores que sufren esos infortunados y de los crímenes que se cometen en las cárceles. Puesto bajo la custodia de hombres de corazones endurecidos; solos; sujetos con grillos ó encerrados en calabozos inmundos, comiendo alimentos podridos, bebiendo aguas infectas, son maltratados con bárbara crueldad por la menor falta, sin que haya quien escuche sus quejas.

Estas crueldades tienen su raíz en nuestra educación religiosa. «Han robado, han matado, han hecho daño á la sociedad; que sufran las consecuencias.» Esto, ó lo que se llama santos á los libros donde se escribe ojo por ojo, diente por diente, como que no tiene resquicio, átomo, idea de cristianismo apesar de envenenarse con el nombre de cristiano.

Porque si fuera cristiana hubiera ya acabado con esos sufrimientos; porque si fuera cristiana, al tener noticia de ellos, se comovería profundamente y acudiría á redimir á esas criaturas que por haber caído, no dejan de ser humanas. Precisamente por haber caído tienen más derecho que las demás al interés de los que son verdaderamente cristianos. No dijo el Cristo que no había venido á redimir justos, sino pecadores? ¿No mostró un tierno interés por las mujeres pecadoras, por el bajo pueblo, por los hijos viciosos, por todos los caídos, arrojando las críticas de los clericales de entonces que opinaban como los de ahora, que hay que tratar sin piedad al que cae?

En los pueblos protestantes, la lectura del evangelio ha hecho que se vivan las doctrinas cristianas constituyéndose sociedades redentoras como las que se emplean en Inglaterra y los Estados Unidos, en atraer hacia la virtud á las mujeres que se prostituyen. En España no hay siquiera idea de este género de sociedades. El evangelio está prescrito por el catolicismo, y las enseñanzas de los curas en sermones y púlpitos respiran el odio, la saña, y la dureza del Viejo Testamento. España no tiene de cristiana sino el nombre. En la mayoría de los pueblos, no se conoce lo que es el evangelio.

Falta la sociedad de este fondo de piedad; los infortunados presos no pueden esperar redención por este lado.

El movimiento redentor que se nota de la Revolución acá, no viene del cristianismo sino de la filosofía. Los estudios jurídicos demuestran que es inhumano é injusto castigar á los presos con crueldad. Solo los jueces pueden determinar las penas que deben sufrir los delincuentes y los funcionarios que agravan esas penas con castigos impuestos por su voluntad, perturbando el orden jurídico, son unos criminales.

Pero, ¿quién lleva estas ideas al vulgo y á la masa general, de donde son tomados los funcionarios que sirven en los presidios? Estos funcionarios han sido educados en las escuelas católicas, no en las que inspira la filosofía. De modo, que falta cristianismo y falta filosofía. ó

en otros términos, falta corazón y falta inteligencia en nuestros establecimientos penales. Por eso pueden darse las maldades que revelan los siguientes párrafos de la aludida carta. Los publicamos, apesar de que no tenemos esperanza de que produzcan ningún efecto inmediato, por cumplir con nuestro deber de escritores. Después de todo, á la prensa, y sólo á la prensa, se debe esta corriente humanitaria, traída por la filosofía moderna; que se va infiltrando en la opinión llenando el vacío existente por la ausencia de cristianismo.

Véanse ahora los citados párrafos: «Si yo hubiera sido un asesino, si hubiera cometido esos crímenes horribles que, hacen estremecer de horror á las sociedades, tal vez no fuera perseguido por los jefes, porque para ellos aquello no tiene consecuencias; pero yo, amante de la verdad y la justicia, peleé con la fuerza del derecho, denuncié los crímenes de aquellos que en vez de moralizarme cual era su deber, me corrompían con su ejemplo, y de ellos aprendí el odio, la venganza. La arbitrariedad y el abuso; ellos me enseñaron á pisotear las leyes y no creer en la justicia, y porque no quise, ni quiero denigrarme ni doblarme ante sus exigencias, soy perseguido cual un perro hidrofóbico; se me empuja á la desesperación y se desea que me precipite en el abismo.

Desde que llegué aquí, he sido un modelo de presos sufridos; he aguantado, resignado las prevenciones que conmigo se han tomado; he visto la más asquerosa inmolalidad administrativa sin protestar; he visto la ciencia sumisa á los pies de la tiranía, sin que el sonrojo cubriera el rostro de los que representaban la primera; he visto á la Inquisición imperante sin que nadie haya entrado en sus calabozos á proclamar los modernos procedimientos; he visto, y esto sucede actualmente, que para regar ciertos huertos de recreo, se gasta el agua de los aljibes destinados á beber, y se nos suministra aguas corrompidas; he visto, y existe en un calabozo hace cuatro meses, ahorrado, un pobre preso por ser amigo de una mujer que denunció un hecho del actual jefe antes de que lo fuera; he visto pegar y herir á los presos por fútiles protestas que sirven de pantalla á venganzas comerciales, puesto que los dos capataces que existen aquí tienen tienda en contra de todo lo legítimo, y si un penado compra en la de uno y el otro lo sabe, puede prevenirse y viceversa; he visto... ¿pero á qué continuar? Aquí no hay ley, ni justicia, ni constitución; vivimos peor que en Marruecos, y se desea que el que es bueno se convierta en malo, y sobre todo, lo que se hace conmigo no tiene asombro.

En otra de las muchas cartas que tenemos de los infelices penados, nos dicen que hay un capataz en cierto penal á quien se conoce por el nombre de *verdugo*, que ha matado á palizas á más de un preso los ha vuelto locos, habiéndose impuesto por toda pena alguna vez la amonestación de que no sea tan cruel.

No hallamos por hoy remedio mejor para estos males, que la constitución de sociedades encargadas de prestar amparo y protección á los presos. El éxito de la sociedad abolicionista debe servir de estímulo á los hombres de buena voluntad.

No hay nada que supere al mérito contraído empleándose en este género de obras. Consolar al triste, redimir al caído, enjugar el llanto del que llora, ser misericordioso nos lleva al cielo sin duda; pero no á un cielo soñado sino á uno real y efectivo: al de la satisfacción íntima, tierna y profunda, á la paz angélica del alma.

Animados, almas piadosas, y constituid esas sociedades redentoras de los que lloran en los presidios.

LUZ Y SOMBRA

Desde Agosto de 1883, desde Badajoz y Santo Domingo de la Calzada, está hecha la revolución española: aquellos sucesos fueron el decreto que se cumplirá más ó menos pronto, pero que al fin se cumplirá.

La España liberal se estremeció de alegría. Todos los pechos cuya respiración estaba contenida, respiraron; todos los cuerpos que caminaban agobiados, se irguieron. Desde entonces habla la democracia republicana la lengua imperativa del triunfador, próximo á entrar en la plaza fuerte á que tiene puesto sitio, y que se ve obligada necesariamente á rendirse.

El agradecimiento es un don de las almas nobles. Tendamos una mirada agradecida hacia el insigne desterrado, que, casi solo, imponiéndose trabajos y sacrificios inmensos, nos ha traído tantos consuelos y tantas esperanzas.

Lo que constituye el mérito de los hombres públicos y les hace acreedores al nombre de patriotas, es el esfuerzo perseverante y jamás interrumpido en servicio de las ideas redentoras de la patria.

¿Quién disputará en tal concepto el puesto de primer patriota en estos últimos días de nuestra historia á D. Manuel Ruiz Zorrilla?

Que le consuele y le conforte en su triste destierro, la idea de que esto que, traza nuestra pluma, no es la expresión de nuestro criterio particular, es el de la España republicana entera.

¡Honor al gran desterrado!

Si hay quien alce bandera de separación de alguna parte del territorio español y que espere días de desgracia ó de debilidad de la patria, para cumplir traidoramente sus criminales propósitos, ese no tiene derecho á llamarse republicano.

La extrema izquierda del partido republicano español, capitaneada por el sabio hijo de Cataluña, Sr. Pi y Margall, tiene declarado recientemente en un documento solemne que se atenderá á la voluntad de la nación, considerando, como rebeldes á lo que se alce contra ella.

Que los comités republicanos que representan este aliento generoso de constituir una patria grande y libre por la ayuda y concurso de todas las regiones peninsulares, expulsen de su seno á los que torpe ó criminales hagan siquiera insinuaciones veladas de alzar algún día bandera separatista.

Que conste de un modo claro y terminante esta protesta del partido republicano español; que conste que, si hay quien haya provocado y consentido ideas separatistas, sin protestas energicas, son los monárquicos; que conste que ellos serán los culpables de

una guerra de separación si la hubiere, como fueron culpables de la de Cuba, y que nosotros somos solo víctimas de su política insensata.

De tal manera está arraigado aquí el amor á la patria una é indivisible, que no ya la federación, sino hasta la República, harán odiosa los que insensatamente llamándose republicanos, se adhieran á ideas separatistas. Cuatro soldados y un cabo con la bandera de la patria en la mano bastarían para arruinar las libertades públicas y volvernos á la situación en que acabamos de estar sumergidos, si alguien quisiera renovar los días de Cartagena.

Señores fusionistas, ¿queréis hacer alguna cosa buena? Traed de director de Correos al gobernador de Sevilla;

Tenemos casi la evidencia de que, si lo hicierais, no sólo cesarían las quejas de la prensa sobre el servicio de Correos, sino que comenzarían sus aplausos.

Nos fundamos así en las condiciones sobresalientes de inteligencia, de moralidad y de carácter de Eugenio Sellés. El inventaría medios que facilitarían la circulación de la prensa y de que se hiciera sin quebrantos y sin pérdidas el pago de las suscripciones, como pasa ya en todas las naciones civilizadas.

Respecto á su energía para poner coto á los abusos, ya le habéis visto en Sevilla suspendiendo de empleo y sueldo á los delegados de policía. Tiene recursos científicos para descubrir á los culpables y darles en la cabeza.

Recomendamos el asunto á los periodistas ministeriales. Desde luego, se trata de un honorísimo compañero nuestro que conoce las necesidades de la prensa. Además, si no nos equivocáramos y correspondiera Sellés al juicio que tenemos formado de sus condiciones personales, puede ser que en vista de los sobresalientes resultados de su gestión, lo respetasen todos los gobiernos y tuvieran en él una garantía las empresas periodísticas de los mismos que hoy están en el poder y caerán mañana.

De hecho, entre Sellés y Mansi, hallamos la diferencia que entre la luz y la oscuridad.

Del actual director de Correos se puede decir aquello del refrán: «donde no hay no hurtan ladrones.»

Nos cansaremos en balde de gritar, y el servicio de Correos seguirá como está.

Leemos en un periódico: «El químico Sr. Casares y el catedrático de medicina Sr. Sánchez Freire, que habían reconocido y clasificado los restos hallados y colocados en la cripta cuando se descubrieron, prestaron juramento ante el altar de que aquellos eran los verdaderos restos del Apóstol y sus discípulos. Hecho esto, se depositaron en la urna con la debida separación.»

¿Será esto un error de redacción ó una burla?

Porque no creemos que haya dos hombres serios y de ciencia capaces de jurar que nocen los huesos de Santiago.

Qué atrocidades se hacen, se dicen y aun se escriben, relativas á la religión.

¡Jurar que se conocen los huesos de Santiago! Vamos, que es el límite.

Nuestro querido *Motin*, en su impaciencia por traer la República, ha hecho una pinta. Es un cromó de vistosos colores estampado sobre rica cartulina, que puede servir para hermosear la habitación de un republicano y aunque fuere un salón communal.

Destácase en el cromó la joven República, de robustas y moribundas formas con la bandera de España en la mano izquierda y la espada desnuda en la derecha. El león castellano vela á sus pies. Lejos, el comercio, la industria y todos los símbolos de la civilización; acusan la prosperidad de la patria bajo el amparo de la joven y fuerte deidad.

Mientras viene la otra, tengamos al menos ésta. Es lo menos que pueden hacer nuestros amigos para corresponder medianamente á la heroica campaña de *El Motin*.

No hemos suscitado polémica alguna con *La Derecha* de Zaragoza. Nos hemos limitado á defender á Salmerón y Ruiz Zorrilla de ataques infundados que les dirigió aquel colega.

Los ataques de un periódico republicano á quien, según la brillante frase de Castel, «iluminó á los abismos; nos llevó á hacer notar el contraste entre esos ataques y las benevolencias con Sagasta. *La Derecha* dice á esto que nos recordará que también Zorrilla persiguió á los republicanos y ahora está con ellos y que por qué no ha de hacer Sagasta lo mismo.

Cuando Sagasta se pase largos años en el ostracismo defendiendo la República y combatiendo á los Borbones, le aplaudiremos como á Ruiz Zorrilla; ahora que sirve á los Borbones, no solo le combatimos, sino que señalamos á la admiración del país, que haya quien, llamándose republicano, se atreva, y en cambio dirija, ataques injurios y apasionados al insigne Ruiz Zorrilla.

Esto declamamos en nuestro suelto, en las formas serias y potentes que acostumbramos á emplear con nuestros colegas, y en ello nos ratificamos.

Nuestro muy querido amigo Juan Manuel Zapatero, revolucionario de verdad, que no transige con la monarquía, ni menos con los Borbones, partidario de la lucha en todos terrenos con tal de alcanzar la libertad de su patria, se presentará candidato á la dipu-